

# Subjetividad y creación musical

*Emmanuel Rodallegas Burgos\**

## *Resumen*

El presente artículo forma parte de una investigación más amplia sobre la actividad creadora de músicos mexicanos y de la relevancia subjetiva (psicosocial) que dicha actividad posee. Lo aquí expuesto se centra en la distinción realizada por Roland Barthes entre una escucha primera y una escucha segunda, distinción considerada de interés para concebir la experiencia sonora, que corre de forma paralela a la conformación del mundo humano. De igual manera, la filosofía castorideana y la recuperación que ésta lleva a cabo del psicoanálisis freudiano permiten poner de relieve la manera en que la incontinencia inicial del psiquismo humano (en tanto fuente de representaciones) se conjuga con las sonoridades del mundo para decantarse en la subjetivación del individuo, así como la forma en que la audición queda fijada en códigos sonoros que, cuando quedan puestos, en entredicho, posibilitan la apertura simbólica de los ordenamientos del para-sí social e individual.

*Palabras clave:* primera y segunda escucha, representación sonora, psiquismo humano, imaginación radical, para-sí.

## *Abstract*

This paper is part of a broader investigation into the creative activity of Mexican musicians and the subjective (psychosocial) relevance that this

\* Maestro en Psicología Social de Grupos e Instituciones por la Universidad Autónoma Metropolitana- Xochimilco. Psicoanalista practicante y profesor universitario. Correo electrónico: [eldanubiosos@gmail.com].

activity has. What is presented here focuses on the distinction made by Roland Barthes between a first listening and a second listening, a distinction considered of interest to conceive the sound experience, which runs parallel to the conformation of the human world. In the same way, the castoridean philosophy and the recovery that it brings about from freudian psychoanalysis, allow to highlight the way in which the initial incontinence of the human psyche (as a source of representations) is combined with the sounds of the world, to settle on the subjectivation of the individual, as well as the way in which hearing is fixed to sound codes that, when challenged, make possible the symbolic opening of the orderings of the social and individual being-for-itself.

*Keywords:* primary and second listen, sound representation, human psychism, radical imagination, being-for-itself.

## Subjetividad y creación musical<sup>1</sup>

*A la memoria de mis maestros:*  
Silvia Radosh Corkidi y Raúl Villamil Uriarte.

El presente esfuerzo por aproximarse al fenómeno de la creación musical toma en cuenta la relación entre este fenómeno y toda una historia psíquica que involucra e implica necesariamente una conformación corporal que la hace posible. En este vínculo con el estrato en el que todo comienza y termina (el cuerpo), el acto de audición aparece como cuestión a elucidar, en tanto que se propone como un punto de cruce entre la subjetividad y las manifestaciones sonoras englobadas en lo que se denomina como *música*: a primera vista, dicho acto, pudiera concebirse como respuesta y acontecimiento eminentemente fisiológico —en su conformación y estructura (oído externo, medio e interno) se encontraría resuelta la condición de su funcionamiento, que a ese nivel no sería otra que la transmisión de

<sup>1</sup> Extracto de la tesis de maestría *La creación sonora: subjetividad y representación musical*, dirigida por la doctora Silvia Radosh Corkidi (2010).

las vibraciones emitidas por los cuerpos—, lo que tendría por consecuencia dejar al margen la profundidad que entraña todo lo referente al placer, al arrebato, a la potencia, que se han forjado en el seno de la percepción mediante este sentido. La particularidad del proceso que se apoya en el órgano de la audición (la escucha), sin embargo, no podría nunca reducirse a la mera receptividad o pasividad (como ningún otro sentido de hecho lo es<sup>2</sup>), por el contrario, en él se localiza un palpitar en el que deja de imperar la obligatoriedad puramente natural: la autonomía de las sensaciones que parten de este órgano (que le son constitutivas, más allá de su apego a una objetividad externa), entraña ya toda la cuestión acerca del valor y estatuto que en la vida de los sujetos tiene *la representación sonora*.

### Primera y segunda escucha

Filogenéticamente, el oír estuvo a disposición de los fines propios del nivel de la supervivencia o, para utilizar una terminología que guarda relación con el primer dualismo pulsional planteado por Freud, de la autoconservación. Posibilitado físicamente al nivel del animal, este acto involuntario tiene su alcance y atiende a los índices que posibilitan la subsistencia. Instrumento necesario para calcular distancias y ubicar posiciones, es todavía, indudablemente, la brújula del estar-andar diurno y nocturno (brújula que no conoce pausas, pues nunca deja de estar presente). En esta dimensión de la experiencia sensible el mundo se pobló de signos: las señales desencadenaron comportamientos encaminados a restablecer equilibrios homeostáticos según los ritmos biológicos, y sólo progresiva y lentamente ella pudo ser el acceso a un mundo de sentido. Para Roland Barthes “la audición [...], parece esencialmente ligada a la evaluación de la situación espacio-temporal” (1986:244), además:

<sup>2</sup> El ojo piensa, decían los surrealistas.

Desde el punto de vista morfológico [...], la oreja parece hecha para la captura del indicio que pasa: es inmóvil, está clavada, tiesa, como un animal al acecho; recibe el máximo de impresiones y las canaliza hacia un centro de vigilancia, selección y decisión; los pliegues, las revueltas de su pabellón parecen querer multiplicar el contacto entre el individuo y el mundo y, sin embargo, también reducen esta multiplicidad someténdola a un recorrido ya elegido; pues es necesario –en eso reside el papel de esta *primera escucha*– que lo que era confuso e indiferente se vuelva distinto y pertinente, y que toda la naturaleza tome la forma particular de un peligro o una presa: la escucha es la operación en que esta metamorfosis se realiza (1986:246) [cursivas nuestras].

Aún en los arcanos de la bestialidad, “la criatura preantropiana” (Barthes, 1986) posiblemente diferenciaba sólo aquellos elementos que resultaban pertinentes desde el punto de vista de la autofinalidad o de la finalidad de la conservación, caracterizándose el oído en esta su utilidad, en esta sincronicidad primera, por una poca variación una vez que fue alcanzada y constituida en esa dimensión arcaica en el tiempo y el espacio. La excitación de la membrana que transmite las vibraciones rápidas de los cuerpos, su con-moción, era el fundamento de la alerta animal, de una curiosidad, de un miedo –pues potencialmente representaba un peligro, sobre todo cuando la vista resultaba ineficaz en la localización de su origen debido a la oscuridad<sup>3</sup>–, e informaba sobre lo que había que acechar o de aquello por lo que se era acechado. Una soldadura se efectuó en el mundo de aquellos seres: lo amenazante y lo necesario se hicieron asequibles mediante el fondo auditivo, a tal grado, que la alteración de ese fondo se convirtió en fuente de acciones y reacciones de las que depende la existencia animal.

Retención de las sombras, de los índices, llevadas a cabo por la vía de la primera escucha, es la carne que se mantiene o permanece en una suerte de neblina en el fondo de lo psíquico humano como su modo de funcionamiento zoológico (baste sólo recordar la reacción que envuelve al cuerpo ante la súbita irrupción de, por ejemplo, el claxon de

<sup>3</sup> A juicio de Nietzsche, el pavor nocturno que los hombres civilizados experimentan es probablemente una reminiscencia de aquel estado.

un auto, el grito que acompaña al intenso dolor, el trueno que anuncia la lluvia, como prueba de la permanencia de tal funcionamiento).

Es así que una manera de padecer lo que se encuentra fuera, el entorno, el mundo, vino dada por su detección acústica, por el oído alerta. Pero la fenomenalización de este estrato –de lo susceptible de ser audible– fue realizada de forma limitada y, en cierto sentido, parasitaria, pues está subordinada a lo que ya está ahí, a las impresiones “objetivas” que provienen de lo existente mismo (mundo físico que por supuesto, está en correlación a lo que eran ya las capacidades de los antropoides africanos anteriores a, por ejemplo, los neandertales). De tal suerte que la experiencia acústica de los antropoides se encontraba amalgamada o en un estado de soldadura a lo ya existente, de forma tal que se hacía posible el camino para una vuelta homeostática en la obediencia de su ser biológico.

El cambio y el paso al género humano, el pasaje –el “gran salto” hacia adelante, según la expresión del biólogo Jared Diamond (1999)– del modo de ser animal al *anthropos* traerá consigo la invención del ritmo sonoro: “la escucha deja de ser vigilancia para convertirse en creación” (Barthes, 1986:246). El desciframiento de los signos acústicos, al alcanzar el nivel de lo humano, desborda el ámbito de la mera señal para dar lugar a una demencia que frente a lo que punza hace aparecer un canto de “significancia” y el mundo comienza a hablar (los designios que con voz discreta las cosas vehiculizan, la voz de los espíritus, de los dioses, etcétera). En esta nueva receptividad acústica se instaura una “descalificación/recalificación” (Castoriadis, 2004:127) de los atributos que fueron hasta el momento accesibles, en función de que entre el dato sonoro y su percepción se establece una suerte de funcionamiento alucinatorio que remite a un más allá (no evidente de inmediato) de sentido, que evoca y provoca el encantamiento de la realidad: es en esa asociación siempre rítmica en la que se va a tejer y desplegar la trama del tiempo y del universo del animal simbólico.

La apropiación del espacio es sonora también en el caso del ser humano:<sup>4</sup> los ruidos familiarmente acompañados integran la sinfonía de la que se compone el andar y el estar específico del animal humano. Sin embargo, lo que acontece con la conversión del índice en símbolo enigmático, dinamita la animalidad y hace conocer una dimensión desembarazada de la necesidad puramente biológica, hace alcanzar el plano de la hermenéutica: una humanidad que se posiciona en relación con un significado, a una interpretación que propone y promete veracidad (representada, por ejemplo, por el sentido trascendente comunicado por los dioses, los espíritus, los ancestros) con cierta independencia –no absoluta– de las determinaciones físicas y fisiológicas. El oído embaucado, “autoeducado”,<sup>5</sup> se ha elevado por encima de su morfología gracias a un sonido que ha sido dotado de cadencias, alturas, regularidades, intensidades, timbres, caracteres, que valorados en lo imaginario cantarán en lo sucesivo el carácter humano y verdadero<sup>6</sup> de la realidad.

Así pues, este amarre y enlace efectuado en y gracias a un sonido que canta –instauración que es agregado significativo–, cobijará a los hombres en tanto “cifrador y descifrador” (Barthes, 1986:246) de la realidad:

La comunicación que esta *segunda escucha* implica es de carácter religioso: es la que relaciona al sujeto de la escucha con el oculto mundo

<sup>4</sup> Un ejemplo sobresaliente al respecto es el ruido de fondo que los astrónomos han captado como procedente del espacio y que constituye una de las evidencias en las que se apoya la teoría del Big Bang, marco de referencia científico que nos informa acerca del universo en el que existimos.

<sup>5</sup> En *Antropogénesis en Esquilo y autocreación del hombre en Sófocles*, Castoriadis recupera las respuestas elaboradas por el mundo griego al respecto de la pregunta ¿qué es un hombre?, y destaca de la tragedia *Antígona* lo siguiente: “La antropología de Sófocles, en cambio, no presupone nada: los hombres se crean ellos mismos sus capacidades y potencialidades; pone de manifiesto claramente y con insistencia a la humanidad como autocreación. [...] Constatamos sin ninguna duda posible que ésta es la concepción de Sófocles a partir de una palabra [...]: *edidásato*, ‘él se ha enseñado’” (2005a:25, 30).

<sup>6</sup> “Una sociedad de cazadores-colectores no puede existir sin cierta idea de la verdad; y, recíprocamente, la posibilidad de esta idea surge con el lenguaje mismo; y otra vez aparece aquí una distinción con la pura animalidad” (Castoriadis, 2004:295).

de las divinidades, que, como es sabido, hablan en una lengua de la que sólo ciertos enigmáticos destellos alcanzan los hombres, mientras que, ¡cruel situación!, para éstos es vital entenderla [...]. Esta segunda manera de escuchar es, a la vez religiosa y descifradora: se hace intencional al unísono lo sagrado y lo secreto (escuchar para descifrar científicamente: la historia, la sociedad, el cuerpo, aún hoy, es, aunque bajo coartadas laicas, una actitud religiosa). [...] La naturaleza tiembla de sentido gracias a sus ruidos (1986:247-248) [cursivas nuestras].

El advenimiento de esta competencia sonora: segunda escucha, con la que el ser humano subvertirá el ruido eterno proveniente del mundo, forma parte de la apropiación que cada comunidad humana lleva a cabo para autoinstituirse: la participación en un sistema sonoro, que supone la modulación y organización del material sonoro —que contribuye a establecer de este modo el umbral de la música—, trae consigo la inauguración de los ámbitos de la guerra, de la cacería, del trabajo, de la música: el querer desentrañar el significado de lo que se escucha, de lo que no es evidente; es la obsesión por la que, en principio, los seres humanos estuvieron orientados y participa de lo que funda, propiamente es su nivel de ser. Atravesados por una marea sonora el tiempo y el espacio adquirieron también su contenido, su especificidad.

En las aldeas neolíticas el sonido deja de ser nómada, dice el escritor Pascal Quignard (1998). Los vestigios más asombrosos que datan de la aparición de nuestros ancestros directos, de los primeros hombres (*Homo sapiens*), se encuentran en salas subterráneas (Lascaux, Altamira), en cuyas paredes se figura la música: chamanes cantores con cabeza de pájaro, bisontes bramando, arcos-cítaras (Quignard, 1998). En las grutas paleolíticas la oreja se aguzó, pues estos hombres “pintaron siguiendo las propiedades acústicas de las paredes” (1998:146): los ecos de las cuevas marcaron sonatas, ellas eran instrumentos que retumbaban acompasando los rituales mágicos en los que la humanidad nació. La discriminación sonora contribuyó a construir el mundo humano, en la modulación del

sonido estuvo implicada la modulación de los afectos humanos,<sup>7</sup> a ella se agregan y por ella se despiertan, desde entonces, las grandes pasiones humanas.

A semejanza de aquellos ancestrales lugares subterráneos, la vida psíquica es una cavidad resonante: la subjetividad humana es una cámara de ecos de una familia sonora (la palabra articulada/el lenguaje) en la que apremian las rítmicas y apariencias del mundo sociohistórico, *en esa condición resonante se teje la vida anímica de los seres humanos*.

### **Hacia el *para-sí* de la escucha**

En la obra filosófica de Cornelius Castoriadis se encuentran propuestos los instrumentos conceptuales que son retomados aquí por la posibilidad que brindan para hacer pensables aspectos esenciales de la articulación entre la creación musical y la subjetividad humana. Con el propósito de construir una intelección sobre dicha articulación, se evocará a continuación lo que este filósofo postula como “las categorías de entes para los que la noción de para sí es pertinente” (2004:55) (lo viviente, lo psíquico, individuo social), así como el conjunto de conceptos que dotan de contenido a dichas categorías (niveles de ser, capacidad formante o *vis formandi*, mónada psíquica, representación, apuntalamiento, etcétera). En virtud de precisar y restituir las relaciones que existen entre estas cuestiones, lo mismo que su alcance, se reproduce una cita algo extensa, pero importante del texto *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*, de los años 1986-1987:

En todas partes en donde hay vida, hay un sí, un *self*, o un para sí. Hasta donde se sabe, lo viviente es cronológicamente el “primer” para sí, e incluso lógicamente, puesto que está en la base de este andamiaje de para sí del que hablamos. Todo lo que diremos de lo viviente se mantiene a través de los niveles ulteriores de para sí, no como atributo positivo sino

<sup>7</sup> Para Teofrasto el sentido que abre con mayor amplitud la puerta a las pasiones es la percepción acústica (citado en Quignard, 1998:24).

como marco de cuestiones pertinentes. [...] ser viviente significa ya, al menos dentro de ciertos límites, autofinalidad; pero también autocentramiento y creación de un mundo propio. [...] Autofinalidad: para lo viviente singular, todo aparece, sobreviene en su horizonte como subordinado a la finalidad de la conservación; [...]. Hay suspensión de la conservación de lo viviente singular, pero nunca es operada más que en favor de la conservación de un para sí que es la especie. [...] Existencia de un mundo propio para la entidad de la que se trata [...]. Existencia, por cierto, pero de hecho creación. En la medida que hay otra cosa que “sí” [...], esta otra cosa debe ser presentificada o presentada al sí, debe ser puesta en relación con el sí “desde el punto de vista” de sí. [...] Esta presentación o presencia, esta representación, es fundamental como modo —y único modo— bajo el cual hay para sí otra cosa que sí. [...] Podemos comprender, y mostrar, que la dimensión de la autofinalidad implica estrictamente la creación de un mundo propio, y recíprocamente, que la existencia de un mundo propio implica la autofinalidad (Castoriadis, 2004:57-58).

El ser humano es, por principio de cuentas, un ser viviente, y como tal crea un *mundo para sí*. Este postulado, desarrollado y puesto en evidencia por Castoriadis a partir de los estudios de Francisco Varela,<sup>8</sup> se encuentra ligado a la cuestión de que en el nivel de la organización biológica se establece ya una frontera de conocimiento que determina —partiendo de un correlato físico— lo que debe ser tomado en cuenta y lo que no, determinación y frontera que constituye su “sí-mismo” o *para-sí*.

Esta creación es ciertamente inaprensible, pero es necesario postularla en tanto que mantiene o permite la existencia real del ser viviente.<sup>9</sup> Así pues, el ser vivo realiza un mundo propio “mediante la

<sup>8</sup> Castoriadis retoma los aportes de Varela en distintos lugares de su obra. Aquí únicamente se atiende a los que han sido incluidos, por ejemplo, en obras como *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto* (2002b), en concreto, el capítulo titulado “Lo imaginario: la creación en dominio histórico-social”, y en *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social* (Seminario del 21 de enero de 1987) (2004).

<sup>9</sup> Edgar Morin (2009) en su libro *El método 2. La vida de la Vida*, plantea: “El problema es saber si todo ser viviente, es decir, es primer lugar el unicelular, realiza una distinción cognitiva Sí/no-Sí, y si esta discriminación cognitiva juega un papel central en la auto-or-

selectividad de su *aparato representativo*” (Castoriadis, 2004:70), que resulta inconmensurable entre dos distintas especies de organismo:

lo viviente en tanto para sí no se representa solamente el mundo, no reproduce, no hace solamente existir para él los elementos de un mundo que ya existiría de manera indudable y especificada, sino que construye o crea su propio mundo seleccionando elementos existentes y especificados del mundo a secas, y organizándolos según sus capacidades de percepción, es decir, *su dispositivo de representación*, y sus miras (2004:62-63) [cursivas nuestras].

La diferencia fundamental se produce aquí con el surgimiento del segundo nivel del para-sí, a saber, el psiquismo humano cuyo núcleo se encuentra en aquello que Castoriadis define como mónada psíquica.<sup>10</sup> En el psiquismo humano subsisten los mecanismos que competen a la organización ya creada por el psiquismo animal y lo viviente en general –la organización viviente computa, discrimina, separa, elige, identifica, trabaja por clases, propiedades, relaciones, implica el reconocimiento de formas, la puesta en relación, es decir, que al nivel del para-sí más elemental ya opera una lógica–, pero su rasgo esencial, como señala Castoriadis, no está en la subsistencia de estos restos, sino en su desintegración:

---

ganización misma del ser. Dicho de otro modo, se trata de saber si, en todo ser viviente, auto-organización, auto-conocimiento, auto-defensa están unidos por la misma autoafirmación. [...] la respuesta de fondo a este problema central es anunciada lógicamente por la teoría moderna de la célula. El ser celular es un ser computante” (2009:191).

<sup>10</sup> En la entrevista con Fernando Urribarri, publicada bajo el nombre de *Nuevamente sobre la psique y la sociedad*, Castoriadis define la *mónada psíquica* en los términos siguientes: “Esta denominación trata de dar cuenta de su característica esencial [del psiquismo humano], saber: nada existe para el sujeto fuera del mismo sujeto, que se vive como fuente de placer y como capaz de realizar ese placer [...]. Una de las mejores definiciones de este estado monádico es la de Freud en sus notas de 1938. Dice esta frase precisa y formidable: ‘soy el pecho’ [...]. La mónada *organiza* la experiencia del placer, no *con un objeto* sino como experiencia total –totalitaria, completa, absoluta– de un estado. Esta experiencia orientará para siempre al psiquismo, cuyo *objeto de deseo*, cuya búsqueda, será la recuperación de este estado y el retorno a él. Es más un deseo de estado que de objeto” (2005a:244-245).

Debemos postular entonces que lo que existía como aparato ensídico unificado no reflexivo en el psiquismo animal, en todo caso, en los animales superiores, y que debió existir en el “prehombre inmediato”, ha sido en cierto modo quebrado, desintegrado, bajo la presión de la imaginación radical que rompe las regularidades establecidas por la psique animal que se instrumentan en una lógica ensídica. Los restos de esta lógica ensídica flotan en la psique y son utilizados por las diversas instancias psíquicas para sus fines propios (2004:88).

La especificidad del psiquismo humano, que abre el surco que lo separa del para-sí viviente, se encuentra en la aparición de la *imaginación radical*, la cual le proporciona sus rasgos distintivos. Si para el viviente en general existe la capacidad formante de hacer ser imágenes, para el psiquismo humano la puesta en imágenes, o la imaginación radical, implica los siguientes rasgos: *a)* la disfuncionalización de los procesos psíquicos con relación al sustrato biológico (su funcionamiento no está exclusivamente supeditado a la conservación, sino principalmente al trabajo de preservar algo distinto: su propia imagen de sí, su mundo); *b)* el predominio del placer representativo sobre el placer de órgano (creación de una representación que satisfaga sólo en el nivel de la “realidad psíquica”, sin tener en cuenta la “realidad exterior” u orgánica); *c)* autonomización de la imaginación, del afecto y del deseo (no existe un mundo de imágenes hecho de una vez por todas, sino flujo representativo ilimitado e incontrolable, en donde las relaciones entre afectos y representación mantienen relativa independencia). Se comprende con ello la justeza del adjetivo propuesto para nombrar la actividad representativa propia del ser humano: para Castoriadis la índole misma de la psique humana, por fuera de su socialización (mónada psíquica), es en primer y último término, génesis continua de esferas subjetivas, de representaciones en total indeterminación, que figuran lo que ella misma es.

Surgen en este punto los siguientes interrogantes: ¿qué implicaciones posee el postular a la psique como la *fuentes* de los elementos organizadores (representaciones)?, y además, ¿qué significa que la psique se figura a sí misma?, si la psique es emergencia indeterminada de representaciones, ¿cómo comprender que el origen de ese

flujo representativo se encuentre al mismo tiempo representado?, ¿en virtud de que podría ser esto posible? A partir de estas cuestiones, se invocan a continuación algunas consideraciones aportadas por la teoría psicoanalítica, las cuales a su vez han sido retomadas en su complejidad por el pensamiento castorideano.

El componente imaginario del psiquismo humano, su capacidad para organizar *en experiencia* lo que sin ella sería nada o caos, puede abordarse por los caminos abiertos por el pensamiento freudiano. Por un lado, se encuentra lo que para Freud subyace respecto a la “posición alucinatoria del pensamiento”: el funcionamiento mental se inaugura a partir de la reminiscencia/investigación de la huella de una vivencia fundamental referida a lo real —la alimentación que colma la necesidad—, es decir, por la alucinación primaria de una experiencia anterior satisfactoria con la que se intenta mitigar la ausencia del objeto (por ejemplo, el seno materno). A partir de dicha vivencia referida a lo real, denominada experiencia de satisfacción y de la reiteración de un vacío provocada, siguiendo el ejemplo, por el hambre, el infante actualizaría imaginariamente aquella experiencia que es propuesta en ese esquema como realmente acaecida. Desde esta perspectiva “el advenimiento del producto de la imaginación” (Castoriadis, 2007:446), la alucinación, es la compensación de un “déficit”, la reproducción mediante la representación de una escena en que la necesidad quedó efectivamente colmada, es decir, este producto queda supeditado en y por la percepción de un acontecimiento primero, de suerte que los elementos de esa representación primaria están tomados de este último. Es claro que en este esquema se apela a un criterio de realidad dado desde el inicio como la causa de las elaboraciones psíquicas posteriores.

En la medida en que el déficit que la mencionada posición alucinatoria de pensamiento intentaría compensar se establecería en función de factores “reales” y en que, desde otro ángulo, la fantasía inconsciente aparecería en buena medida como sucedáneo a la instauración del principio de realidad, el psicoanálisis, desde la perspectiva castorideana, ha descubierto y, al mismo tiempo, encubierto el elemento imaginario de la psique —sin que eso impida que para este

campo de indagación sea ubicado como un componente esencial de la vida psíquica—. Tal estatuto segundo de la imaginación acarrea e implica un obstáculo que lleva a perder de vista la consideración de que aquellas experiencias mediante las cuales lo real se anuncia en la psique son convertidas en componentes de una representación en función de que interviene una elaboración psíquica que puede producir resultados de lo más diferentes y, fundamentalmente, *elude la procedencia lógicamente primera de ese estar completo representativo*, de ese “objetivo-intención-tendencia siempre realizado de figurar-presentificar(se) en y por esta representación” (Castoriadis, 2007:456), *a partir del cual algo puede estar ausente o, lo que es lo mismo, significarse como faltante*.

La tendencia regresiva del aparato psíquico que termina en la alucinación del objeto ausente se apoya, en efecto, en el placer procurado por la experiencia de satisfacción, pero esta experiencia de satisfacción no podría tomar su “sentido” en la realidad psíquica, sino es en virtud de *un precepto originario*. Es en este punto en el que se inaugura la vía investigada por Castoriadis: la consideración sobre el papel de la imaginación que conduce “al enigma de un representar-representación originario” (2007:433), que *no es el resultado de un desarrollo progresivo o madurativo*, puesto que si no estuviese presente desde el comienzo ningún desarrollo podría hacerlo aparecer.

El psiquismo humano, lógicamente considerado, implica, con independencia de toda experiencia particular, una percepción que es “representación de todo (como) sí mismo, de sí mismo (como) todo” (2007:459), en la que protosujeto y protomundo se encuentran superpuestos. El paradigma del cual la alucinación primitiva tomará sus caracteres (fundamentalmente, la omnipotencia y la completud) es “esa organización plena de significado o de sentido primario para el sujeto” (2007:449). Este *representar original* de la que germina toda presentificación y figuración posterior es el “momento cero”, constituyente/constituido, que *es escena total, representación de sí abarcadora e indiferenciada*, en el que la psique humana es capaz de producir un mundo único dándose a sí misma a la representación (para-sí originario):

la psique, sin duda, es “receptividad de las impresiones”, capacidad de ser afectado por...; pero también es (sobre todo, pues sin ello esta receptividad de las impresiones no daría nada) emergencia de la representación en tanto modo de ser irreductible y único y organización de algo en y por su figuración, su “puesta en imagen”. *La psique es un elemento formativo que solo existe en y por lo que forma y como lo forma*; es *Bildung* y *Einbildung* –formación e imaginación–, es imaginación radical que hace surgir ya una “primera” representación a partir de una nada de representación, es decir, *a partir de nada* (2007:444).

“A partir de nada”, tal vez cabría decir, *a partir de sí misma*, en tanto que el contenido que se hace presente para ella es su modo de ser: *vis formandi*<sup>11</sup> que dota a todo lo que le saldrá a su encuentro de una legalidad (la de las exigencias planteadas por dicha representación originaria) carente de medida, pues la desmesura es lo propio de su ser. Es así que puede admitirse una función organizadora anterior a la organización misma de la experiencia de satisfacción, imponiendo el hecho –como aspecto de la cosa misma, es decir, de lo psíquico– de que: “lo que yo llamo imaginación radical, preexiste y preside toda organización de la pulsión, incluso la más primitiva que es la condición de acceso a esta última a la existencia psíquica, que es en un fondo de representación imaginaria (*Un-Verstellung*) donde la pulsión toma, ‘en el punto de partida mismo’, su ‘delegación por representación’, su *Vortellungsrepräsentanz*” (2007:449).

A partir de lo expuesto, se vuelve pensable que la red de huellas o inscripciones simbólicas que constituyen la subjetividad humana, se sostiene en ese “fondo de representación imaginaria”, modo de organización originario que es aportado esencialmente por la imaginación radical, especificidad del psiquismo humano. De manera que la historicidad de cada ser humano (desarrollo temporal-cronológico en el que se establecen las coordenadas subjetivas particulares), si bien es una estratificación en la que persisten finalidades, objetos,

<sup>11</sup> Término con el que Castoriadis designa “la potencia creadora que hace surgir formas, seres organizados. El ser humano singular es un fragmento [...] o una instancia de esta *vis formandi*, de esa potencia o de la creatividad del ser como tal” (2005a:203).

sistemas de defensa, equilibrios, afectos, etcétera, se encuentra remitida de continuo a esta singularidad representativa. Así como en geología y en biología, no hay pasado anulado, tampoco lo hay al nivel del psiquismo, como bien lo señala Castoriadis: la sedimentación no regular, conglomerado dinámico que se produce y configura en la fabricación del individuo social permanece, como limadura de níquel, imantada por el magnetismo proveniente del estado monádico de la psique.

### **El *para-sí* sonoro: el modo de ser acústico**

A partir de estas coordenadas, sobre la base del valiosísimo aporte castorideano, habrá que volver al asunto por el que fueron evocadas tales cuestiones, ya que en función de ellas cabe postular algo así como un “*modus vivendi* original” que utilizará, apuntalándose o apoyándose<sup>12</sup> en ellos, los materiales provenientes de los regímenes de mediación sensorial que intervienen en la conformación de la experiencia humana. En la indiferenciación inicial en que se encuentra inmerso el núcleo no social —la denominada mónada psíquica— de lo que potencialmente habrá de convertirse en un individuo social, el oído (como parte diferenciada de la piel, derivada, especializada de la misma), participa en la conformación de una esfera privada y singular para ese nivel de ser (el del psiquismo humano), en la puesta en imagen de su estar, ciertamente solipsista: *en el dispositivo sensorial de la escucha se apuntala la primigenia capacidad formante* (en y a

<sup>12</sup> El término *apuntalamiento* o *apoyo* (*Anlehnung*), según Laplanche y Pontalis, “es introducido por Freud para designar la relación primitiva de las pulsiones sexuales con las pulsiones de autoconservación: las pulsiones sexuales, que sólo secundariamente se vuelven independientes, se apoyan sobre las funciones vitales que les proporcionan una fuente orgánica, una dirección y un objeto. En consecuencia, se hablará también de apoyo para designar el hecho de que el sujeto se apoya sobre el objeto de las pulsiones de autoconservación en su elección de un objeto amoroso; esto es lo que denominó Freud el tipo de elección de objeto por apoyo” (1996:31). Este término, de una importancia capital, es retomado por Castoriadis para definir las relaciones que se establecen entre componentes heterogéneos, por ejemplo, entre el individuo y la sociedad, lo social y lo natural.

través de la cual algo puede hacerse presente o manifestable<sup>13</sup>) *para la conformación del ser-dentro de la cría humana*.

Es lo auditivo un dispositivo con el que lo imaginario recauda, de modo encarnizado, las impresiones con las que va tejiéndose la realidad llamada psíquica. Al principio de la vida, lo sonoro (carente de localización) está integrado en el todo de representación que en última instancia es la mónada psíquica —que a estas alturas cabría proponer como una unidad forjada en lo más íntimo de una puesta en *imagen* o puesta en *representación sonora*—. Esta instalación sonora es el producto de un arreglo entre el mundo físico/biológico (mundo que comprende también el cuerpo propio) y la actividad imaginaria del núcleo monádico de la psique: las sonoridades emitidas por la sístole y diástole del corazón, por el tamborilear de las vísceras —vueltas asequibles por las capacidades sensoriales disponibles y, en especial, por la aptitud incontinente del oído<sup>14</sup>—, aportan los materiales que serán tomados en cuenta para la construcción de los primeros espacios de experiencia y pueden ser considerados como verdaderos puntales sensibles<sup>15</sup> de los primeros mecanismos de subjetivación.

Las emisiones de estos instrumentos primigenios serán organizadas, al tiempo que serán organizadoras: el protosujeto se encuentra representado en esa alianza, ya que en su origen lo psíquico *es* sin distinción. Por la influencia decisiva, fundamental, de estas alian-

<sup>13</sup> En el Seminario del 19 de junio de 1987, Castoriadis plantea: “Tenemos entonces la imaginación radical como creadora de todo lo *manifestado*, de toda fenomenalidad-*phainómenon* y *phantasia* tienen la misma raíz; entonces, creadora también de esta ‘rama’ de nuestra experiencia que es la sensibilidad elemental. Hay un papel inmenso de la imaginación radical en lo manifestable, y este papel supera lo ‘manifestable’ en sentido propio, pues también es posición de todo lo que no es ‘manifestación’ de un ‘manifestable’” (2004:416).

<sup>14</sup> De un modo poético, el filósofo Pascal Quignard plantea: “cuando aún estamos en el fondo del sexo de nuestras madres no podemos heñir cera extraída de la colmena de las abejas para taponarnos los oídos. [...] no podemos no oír. Estamos atados de pies y manos al mástil erguido en la carlinga, minúsculos Ulises perdidos en el océano del vientre de nuestra madre” (1998:65).

<sup>15</sup> Sin perder de vista que “hay una espontaneidad imaginante y en el nivel de la sensorialidad, y, ya en este nivel, el sujeto es capacidad de hacer ser para él lo que es otra cosa que él” (Castoriadis, 2004:68).

zas consolidadas desde antes del nacimiento por el significante, se troquela una “placenta de la subjetividad” (Sloterdijk, 2003:50)<sup>16</sup> de la que provendrán verdaderas inspiraciones: estas nupcias contraídas entre la ritmicidad, la sonoridad, y la espontaneidad representadora y vinculante, hacen nacer una *música congénita*, a la que sólo injustificadamente podría considerarse “de fondo”, pues antes bien es centro de un estar-ahí singular. Dicha placenta, anterior al lenguaje propiamente dicho, marca desde el inicio la posibilidad de experimentarse en y por “el susurro visceral del instrumento musical primario” (Vásquez, 2006:5), y es en esa experiencia sonora en donde, lo que podrán ser, en otro momento, el mundo y el individuo encuentran su condición germinal.

La vida psíquica tiene desde el comienzo algo así como una constitución resonante de los sujetos. La existencia de algo como *una huella del modo de ser acústico* en la psique va trazando, localizando a cada nivel de su estructuración, los surcos y los puntos nodales sobre los que se apuntalará la adhesión a un código instituido, al *Umwelt* tonal del lenguaje.

Al empuje unificador que opera desde el comienzo en la vida psíquica, se opondrán las “sonoridades foráneas” haciendo irrupción, devastando, erosionando, desgarrando, los para sí alcanzados cada vez. Desgarramientos sucesivos del mundo que se sostenía por esa identificación plena pondrán en cuestión la clausura que dicha identificación supone. Los desajustes producidos por la irrupción de acontecimientos efectivos en la ordenación instaurada por “la dúplice unicidad de sonoridad pura” (Sloterdijk, 2003:55), traerán consigo, por principio de cuentas, el cese (el sepultamiento, para decirlo en términos freudianos) de la sonoridad emitida por los instrumentos primigenios.

<sup>16</sup> A partir de la lectura del artículo de Adolfo Vásquez Rocca (2006), “Peter Sloterdijk, la escucha de sí y el olvido del ser desde todos los altavoces”, el autor de estas líneas ha encontrado en la obra del filósofo Peter Sloterdijk, particularmente en su libro *Esfemas I*, reflexiones que convergen con el propósito del presente artículo. En razón de ello, tales reflexiones, junto con las de Vásquez Rocca, son fragmentariamente recuperadas en lo que a continuación sigue.

El enriquecimiento del régimen acústico tendrá por consecuencia la instauración de nuevos cercos.<sup>17</sup> En el recorrido que va de las sonoridades que tienen su fuente en el organismo del infante (balbuceos, gritos, etcétera), pasando por las provenientes de la voz de la madre, se forjarán *nuevos espesores subjetivos*.<sup>18</sup> El progresivo establecimiento de los límites perceptuales entre lo que es acústicamente emitido y recibido, la paulatina discriminación de lo que proviene de otras fuentes y lo que es reiterado desde el propio cuerpo, de las fuentes sonoras que resultaban en el inicio inatribuibles, acarrea el desgarramiento —sin que por ello ocurra su desaparición— de esa condición necesaria para que se produzca la expansión anímica: las vibraciones comunes que habían procurado hasta el momento una apertura de un mundo de experiencia quedan despedazadas en su aleación primera merced al proceso de individuación, lo que supone que el nuevo ser se haya encontrado ante una desnudez sonora, ante un terror, ante el pánico.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> La noción de *cercos* es retomada por Castoriadis, por ejemplo, en su texto “Lo imaginario: la creación en el dominio histórico-social”, y al encontrarse íntimamente vinculada con la noción de *para-sí* resulta aplicable para las categorías de viviente, psiquismo, individuo y sociedad: “Si consideramos en una sociedad dada cómo ‘operan’ el magma de significaciones imaginarias sociales y las instituciones correspondientes, percibimos una similitud entre la organización social y la organización biológica en un aspecto preciso: en el aspecto del *cercos*, para utilizar el término de Francisco Varela. Tanto la organización social como la organización biológica exhiben un cerco de organización, de información y de conocimiento. Toda sociedad (como todo ser vivo o toda especie viva) *instaura, crea su propio mundo* en el que evidentemente ella está incluida. Lo mismo que en el caso del ser vivo, es la ‘organización’ propia de la sociedad (significaciones e institución) lo que define, por ejemplo, aquello que para la sociedad considerada es ‘información’, aquello que es ‘estrépito’ y aquello que no es nada, o lo que define la ‘pertinencia’, el ‘pero’, el ‘valor’ y el ‘sentido’ de la información; o lo que define el ‘programa’ de elaboración de una información y el programa de respuesta a esa información dada, etcétera.” (2002b:69).

<sup>18</sup> Pascal Quignard expresa del siguiente modo la cuestión: “El vínculo entre el niño y la madre, el reconocimiento del uno por la otra y la adquisición de la lengua materna se forjan en el seno de una incubación sonora acompasada y anterior al nacer, proseguida después del parto, reconocida en gritos y vocalizaciones, luego en canzonetas y refranes, nombres y apodos, frases sugerentes y coercitivas que se transforman en órdenes” (1998:205).

<sup>19</sup> Vale aquí recordar el planteamiento freudiano al respecto del pánico realizado en su texto “Psicología de las masas y análisis del yo” (Freud, 1996), en el que tal estado afectivo es el resultado de la modificación de la estructura libidinal que existe entre, y amalgama a, los sujetos.

Todo el bagaje no semántico que antecede al advenimiento del individuo socialmente fabricado, estado orgiástico en el que ha sido a la vez sujeto y objeto, estará condenado a enmudecer la mayor parte del tiempo. El proceso de socialización del sujeto radica, en este sentido, en la domesticación de esa sonoridad primaria: las sonoridades que vienen a instituirse *a posteriori* (como si fuesen señuelos), por un lado, tratan de recubrir las cesuras acarreadas por verdaderas disonancias psíquicas y, por el otro, amoldarán, sosegarán el sentido que irradia de la melodía gestada en la conformación autógena (inicial, originaria), haciendo que lo que en un momento fue familiaridad sea en lo sucesivo vuelto extrañeza. En la medida que la fabricación del individuo social sólo puede tener lugar en la atmósfera o climatización simbólica propia del espacio histórico en el que se nace, la escucha, a semejanza con la vista, encuentra modelos sociales que le imponen trayectorias de sentido, cristalizadas en la ronda de sonos que toda sociedad supone, y que se superponen sobre aquello que desde antes del nacimiento subjetivo (social) fue creado como representación sonora.

*Lo que se oyese/escucha ha sido destronado y, al mismo tiempo, contenido por lo que habla.* Sin embargo, el conocimiento que ha surgido del contacto con la naturaleza del fondo acústico primario penetra por los caminos proporcionados por la calidad o cualidad de la materia área representante (lo fonético, lo semántico), es decir, que los envoltorios reverberantes creados en el momento en que la imaginación radical encuentra por vez primera su satisfacción-realización, son en sí mismos pasajes necesarios, ineludibles, influjos insalvables, sedimentos, en los que de hecho se apuntalan los contenidos que con posteridad serán aprensibles para el pensamiento. Esto es, que las investiduras psíquicas localizadas en la honda raíz resonante se decantarán en los círculos auditivos (*orchestras*) que sobrevienen, que prorrumpen, que se insinúan, en los cantos específicamente humanos –las distintas lenguas–, que son con los que se encuentra el neonato y de los cuales deberá apropiarse para individuarse.

De este modo, no es de extrañar que el sonido semántico que resulta contundente para convocar, para hacer presente al sujeto, sea el

propio nombre: la construcción de la identidad social depende, está a expensas de un soporte sonoro soberano. La raíz de la palabra persona, *per-sonare*, contiene lo esencial: que la persona sea una máscara sonora, muestra sin maquillajes, aquello que subyace al proceso de formación del sujeto. Sin embargo, a la realidad psíquica unitaria y sonora se le opondrán como égida protectora y resistente las máscaras identitarias de los ideales en turno del mundo social, arrancando y apartando, haciendo callar, ocultando, aquella realidad. Tal esfera humana primitiva viene a quedar oculta a la escucha del individuo socializado en la civilización tecnocientífica. En lo sucesivo y en razón de ese ocultamiento, *la escucha pre-ve*, se anticipa, a la irrupción del peligro que es inherente a la fuerza que fue capaz de realizar el fondo acústico primario, enmascarándolo gracias a una acústica discursiva.

En cierto sentido, hay un *amor de transferencia* a estos refugios sonoros que llamamos “música” (Sloterdijk, 2003). No podemos no estar sujetos por el sonido, puesto que desde la más temprana infancia hemos sido iniciados por la experiencia sonora; el que la música arrebate, el que el sujeto sea su presa –dada la importancia que adquiere en la vida de los individuos– es consecuente con el hecho de que la existencia social descansa sobre un substrato melódico. Resulta conveniente, en este sentido, formular la siguiente pregunta: ¿cómo suena el sujeto en la época actual? Si aquello que, en y a partir de Freud, ha sido denominado como *pulsión de ver* encuentra sus modos de satisfacción en una acumulación icónica proporcionada y propuesta por las condiciones sociohistóricas, cuya inspiración fundamental tiende a suturar al sujeto (Kristeva, 1995), pues le obliga a clausurarse en una galería de espejos ya instituidos; del mismo modo, el oír, “como promesa de placer” (Barthes, 1986:245), viene a quedar sujeto, fijado, alienado, en los ritmos de un optimismo verdaderamente superficial.<sup>20</sup> El anclaje a valores mediáticamente in-

<sup>20</sup> Sobre este punto la opinión de Pascal Quignard es avasalladora: “el hombre deja de estar sometido a una obediencia física ante los sonidos de la naturaleza. Se ha sometido de pronto a una obediencia social ante melodías europeas nostálgicas electrificadas” (1998:247-248).

ducidos, dicho sea de paso, promueve el surgimiento o la conformación de un sujeto que, en su fascinación por ellos, en su afirmación a través y dentro de ellos, se aproxima más a un tipo de ser que compulsivamente se identifica –en apariencia, indisolublemente– con los contenidos de narraciones auditivas característicamente iterativas, endulzadas, suaves y cansadas.

Si el maniquí ha sido la figura representativa de lo que se ha dado en llamar posmodernidad,<sup>21</sup> figura en la que prevalecen, entre otras cualidades, la mirada y la inmovilidad, esto resulta todavía más significativo por cuanto denota, por principio de cuentas, una imposibilidad en lo que se refiere a la capacidad de ser fuente de sonoridades y a la invención de *nuevas formas de ser convocados*: es un silencio o un mutismo que pone de manifiesto una sensibilidad cooptada-secuestrada por la proliferación de señas identitarias, las cuales pueden ser –y de hecho son– formuladas por sonidos que intensifican las tendencias a la seguridad y la conformidad.

En un texto clásico, George Lapassade –retomando a Y. Stourdz– señala que el monasterio puede ser considerado como la primera organización cerrada y en él “las campanas ‘contribuían a dar a las empresas humanas el ritmo regular y colectivo de la máquina’” (1999:113). Del mismo modo, el conjunto de formaciones sociales rítmico-melódicas ofertadas para el consumo indiscriminado es el soporte en el que se edifican, sirviendo como referentes, la sucesión de estados anímicos o los ordenamientos subjetivos en que se encuentran imbuidos-atados los sujetos, otorgándoles su lugar en el transcurrir de la cotidianidad, es decir, resultan condicionantes de lo que es asequible en términos de *una experiencia de sí*: otorgan, con fuerza imperativa, coordenadas identificatorias. Tales narraciones, al ser normalizadas como categorías de representación, hacen desaprovechar las oportunidades inéditas que pueden suscitarse a partir de

<sup>21</sup> José Vicente Selma, al comentar la obra de J. González Raquena (*Teoría del discurso publicitario: lo semiótico y lo imaginario*), afirma: “El maniquí y el modelo han sido precisamente dos de las figuras ejemplares de la posmodernidad en cuanto [...] son seres descarnados, carentes de textura, inmunes al tiempo y sus erosiones, de cuerpos perfectos y deseables, que parecen no desear nada fuera de sí mismos” (2001:274).

la exposición perceptual a los registros sonoros que pueden abrirse por virtud de otro tipo de comportamientos distintos a los de la adaptación pasiva.

Es a partir del trastocamiento de las condiciones de escucha instituidas por las narrativas sonoras fetichizadas, cuando la escucha puede abrirse “a todas las formas de polisemia, de sobredeterminación, superposición [...]; a *un modo de escuchar pánico*, como el que concibieron los griegos, al menos los partidarios de Dionisos” (Barthes, 1986:255), lo cual implica la reinención permanente de la escucha como capacidad de cuestionamiento del entorno colonizado por sistemas o modelos sonoros narcotizantes y vacuos, y su reivindicación *como capacidad de riesgo e inquietud existencial*, pues hay que recordar que en ella descansa la posibilidad de un *descubrimiento de sí*. Afirma Roland Barthes: “la libertad de escucha es tan necesaria como la libertad de palabra” (1986:256), y ciertamente es en la coyuntura de *una nueva escucha* –ciertamente difícil de alcanzar, ya que implica *desembarazarse de la inmediatez del “orden” y la “claridad” que procura, pretendidamente, el zumbido tonal social*–, en la que se vuelva posible *una captación subjetiva totalmente singular*.

Al igual que el lenguaje y toda creación humana, *la música se constituye en apoyo de la ausencia*. En esta manifestación cultural se *trasluce* el sedimento potencialmente creador del existir psíquico primitivo: ella se encuentra empapada, bañada, por tal sedimento, y es él el que ahí es dotado de imagen, y en donde se vuelve plausible su recreación. ¿Significa que la música únicamente es la expresión de un contenido preexistente? Por el contrario, ella es elaboración indefinida e inacabable de la disposición (y potencialidad) psíquica que está presente o es anterior a lo semántico, a lo temático, y se contrapone a cualquier cierre simbólico que en sus equilibrios y redundancias se esfuerza en recubrir aquella capacidad, a través de caracteres eminentemente ideológicos.

Nietzsche formuló genialmente, como sin duda nadie más lo ha hecho, la esencia del fenómeno musical: “El yo del lírico resuena, pues, desde el abismo del ser” (2005:65). El sujeto inmerso en la experiencia de la música está inmerso en una radical evanescencia,

cuya calidad y cualidad vienen dadas por la fuerza que realiza aquel estado que reposa en el fondo humano de su estar en el mundo: se divisa u objetiva en la obra sonora, un sí mismo-Otro, hace sensible y muestra aquel estado indeterminable, hace audibles los orígenes, hace manifestable una alteridad que florece de nuevo haciéndose acompañar, por cierto, de unos oídos muy abiertos.

### **A modo de conclusión: una nueva escucha... cada vez**

A la capacidad para escuchar de forma novedosa sólo se accede cuando se acepta el cuestionamiento de sí mismo, cuando se está en condiciones de aceptar (en una medida, aunque sea mínima) la caducidad o la muerte de aquello que mantiene desde dentro de cada sujeto la creencia de lo que en apariencia se es. La actualización de esta capacidad, recreada en una audición amplificadas, subvierte la coerción mantenida por la superficie sonora común, se desparra- ma perturbando y derruyendo los cantos anestésicos que convocan y fomentan el apaciguamiento de la inquietud de cada sujeto por sí mismo (cantos que se apoyan, precisamente, en una audición mutilada, clausurada).

La relevancia que posee la innovación dentro del registro sonoro se hace audible cuando se actualiza en estos andamiajes rítmico/ armónico/melódicos la posibilidad para que en ellos advengan pasiones inéditas que afectan el tejido social, propagándose en él como verdaderos soportes simbólicos: he aquí la tentativa reconocible en la creación musical, que es una tentativa por enriquecer y amplificar, mediante artefactos resonantes, una presencia inédita dentro del conjunto social.

La representación sonora que llamamos música es creación que resulta creadora, en tanto es punto de apoyo en que se cifra una diferencia subjetiva, en tanto puede ser radicalmente distinta a la tonalidad espiritual forjada por la serialidad en el odio a la alteridad que cada sujeto representa para sí mismo, en tanto en ella se retoman y nutren algunas de las conquistas más nobles de la historia humana.

Como vuelta de tuerca efectuada por lo dicho hasta aquí, habría que volver la atención sobre la enigmática y formidable facultad de los individuos de darse a sí mismos sus modos de ser, facultad humana en la que está virtualmente presente la posibilidad de que éstos se modifiquen a sí mismos mediante la ruptura y la necesaria creación de formas de significación que son siempre culturales.

## Bibliografía

- Adorno, T. W. (2000), *Sobre la música*, Paidós, Barcelona.
- Anzieu, D. (1993), *El cuerpo de la obra: ensayos psicoanalíticos sobre el trabajo creador*, Siglo XXI Editores, México.
- Aulagnier, P. (2004), *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Barthes, R. (1986), “El cuerpo de la música”, en R. Barthes, *Lo obvio y lo obtuso: imágenes, gestos y voces*, Paidós, Barcelona.
- Bataille, G. (1997), *Las lágrimas de Eros*, Tusquets, Barcelona.
- Benjamín, W. (2004), *El autor como productor*, Itaca, México.
- Cassirer, E. (1968), *Antropología filosófica: introducción a una filosofía de la cultura*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Castoriadis, C. (1990), *El mundo fragmentado*, Altamira-Nordan, Montevideo.
- Castoriadis, C. (1996), *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Castoriadis, C. (1998), *El ascenso de la insignificancia*, Cátedra, Madrid.
- Castoriadis, C. (2004), *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social. La creación humana I (Seminarios 1986-1987)*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Castoriadis, C. (2005a), *Figuras de lo pensable: las encrucijadas del laberinto VI*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Castoriadis, C. (2005b), *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, México.
- Castoriadis, C. (2007), *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Buenos Aires.

- Castoriadis, C. (2008), *Ventana al caos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Diamond, J. (1999), “La evolución de la inventiva humana”, en Michael P. Murphy y Luke A. J. O’Neill (eds.), *La biología del futuro: ¿qué es la vida? Cincuenta años después*, Tusquets, Barcelona, pp. 63-82.
- Freud, S. (1996), “La interpretación de los sueños”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo I, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Tres ensayos para una teoría sexual”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Los dos principios del funcionamiento mental”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Introducción al narcisismo”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Pulsiones y destinos de pulsión”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “La represión”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Lo inconsciente”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Psicología de las masas y análisis del yo”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “El block maravilloso”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “El porvenir de una ilusión”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “El malestar en la cultura”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Sobre la conquista del fuego”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Conclusiones, ideas, problemas”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, S. (1996), “Escisión del Yo en el proceso de defensa”, en S. Freud, *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid.

- Guattari, F. (1976), *Psicoanálisis y transversalidad*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Kristeva, J. (1995), *Las nuevas enfermedades del alma*, Cátedra, Madrid.
- Lapassade, G. (1999), *Grupos, organizaciones e instituciones: la transformación de la burocracia*, Gedisa, Barcelona.
- Laplanche, J. (2002), *La sublimación: problemáticas III*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Laplanche, J. y J. B. Pontalis (1996), *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Barcelona.
- Maldonado, T. (2003), “Karlheinz Stockhausen. Hacia un nuevo oyente”, *Revista La Tempestad*, México.
- Marcuse, H. (1968), *Eros y civilización*, Joaquín Mortiz, México.
- Mier, R. (2008), “La dimensión imaginaria”, documento presentado en el Seminario de la Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Morin, E. (2004), *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, México.
- Morin, E. (2009), *El método 2. La vida de la Vida*, Cátedra, Barcelona.
- Nietzsche, F. (1997), *Aforismos*, Edhasa, Barcelona.
- Nietzsche, F. (2000), *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, Madrid.
- Nietzsche, F. (2005), *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, Madrid.
- Nietzsche, F. (2006), *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, Madrid.
- Pardo, C. (1999), “Laberintos sensibles: el sonido en el espacio”, *Versión*, núm. 9, pp. 113-124.
- Quignard, P. (1998), *El odio a la música*, Andrés Bello, Barcelona.
- Ruiz, E. (2009), “Música, sujetos y creatividad”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 29, pp. 33-48.
- Sánchez, A. (1972), *Textos de estética y teoría del arte*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- Sánchez, A. (1981), *Las ideas estéticas de Marx: ensayos de estética marxista*, Biblioteca Era, México.
- Sánchez, A. (2005), *Invitación a la estética*, Grijalbo, México.
- Selma, J. (2001), *Creación artística e identidad personal: cultura, psicoanálisis y conceptos de narcisismo en el siglo XX*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia.
- Siegmeister, E. (1999), *Música y sociedad*, Siglo XXI Editores, México.
- Sloterdijk, P. (2003), *Esferas I*, Siruela, Madrid.
- Sorókina, T. (2005), “La hipertextualidad del espacio musical”, *Versión*, núm. 16, pp. 151-176.
- Vásquez, A. (2006), “Peter Sloterdijk, la escucha de sí y el olvido del ser desde todos los altavoces”, *AdVersuS. Revista de Semiótica*, año III, núm. 5.
- Vila, P. (2000), “Música e identidad. La capacidad interpeladora y narrativa de los sonidos, las letras y las actuaciones musicales”, en M. Piccini, A. R. Mantecón y G. Schmilchuck (coords.), *Recepción artística y consumo cultural*, Instituto Nacional de Bellas Artes-Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información/Casa Juan Pablos, México.

Fecha de recepción: 24/06/20  
Fecha de aceptación: 07/10/20